

Voces de médicos y pacientes

Ensañamiento, furor u obstinación terapéutica

Con estas denominaciones se designa la actitud del médico que, ante la certeza moral que le dan sus conocimientos de que las curas o los remedios de cualquier naturaleza ya no proporcionan beneficio al enfermo y sólo sirven para prolongar su agonía inútilmente, se obstina en continuar el tratamiento y no deja que la naturaleza siga su curso.

Esta actitud es consecuencia de un exceso de celo mal fundamentado, derivado del deseo de los médicos y los profesionales de la salud en general de tratar de evitar la muerte a toda costa, sin renunciar a ningún medio, ordinario o extraordinario, proporcionado o no, aunque eso haga más penosa la situación del moribundo.

En otras ocasiones cabe hablar más propiamente de ensañamiento terapéutico, cuando se utiliza a los enfermos terminales para la experimentación de tratamientos o instrumentos nuevos. Aunque esto no sea normal en nuestros días, la historia, por desgracia, nos aporta algunos ejemplos.

En cualquier caso, la obstinación terapéutica es gravemente inmoral, pues instrumentaliza a la persona y subordina su dignidad a otros fines.

Hoy en día, los médicos, mediante el uso de terapias sofisticadas, pueden prolongar de una forma irracional y desproporcionada el proceso de muerte de un paciente. El encarnizamiento terapéutico ocasiona a veces prolongadísimas agonías y existen varios casos que, por la celebridad de sus protagonistas, son conocidos por todos, como los siguientes:

Harry S. Truman, quien fue presidente de Estados Unidos, murió el 26 de diciembre de 1972 a los 88 años de edad, después de debatirse tres meses entre la vida y la muerte y tras de haberse emitido más de ochenta opiniones médicas relativas a su estado de salud. El presidente yugoslavo Josip Broz *Tito* murió el 4 de mayo de 1980, habiendo sido hospitalizado el 12 de enero de dicho año. El presidente brasileño Tancredo

Neves tuvo una agonía de treinta y nueve días y fue objeto de siete intervenciones quirúrgicas y Hari Bumedian, presidente de Argelia, murió de una septicemia el 27 de diciembre de 1978, después de cuatro meses de agonía. El jefe del Estado español Francisco Franco murió el 20 de noviembre de 1975, envuelto en bolsas de hielo y rodeado de sus veinte doctores, a los 83 años, soportando una agonía de treinta y cinco días, después de cincuenta y seis opiniones médicas. El ex sha iraní Mohamed Reza Palevi murió el 27 de julio de 1980, tras un mes de agonía.

Es claro que casos como los descritos suceden todos los días en todos los hospitales y los médicos que nos dedicamos a atender a pacientes con enfermedades graves nos enfrentamos a estos casos muy frecuentemente.

Ruy Pérez Tamayo afirma que “es incorrecto pensar que los médicos luchamos contra la muerte, porque la muerte siempre gana. Los médicos debemos luchar a favor de la vida, en las mejores condiciones posibles”.

Así las cosas, no debemos confundir lo que es alargar la vida, obligación de todos los trabajadores de la salud, con prolongar la agonía, procedimiento a todas luces altamente inmoral.

Alguien dijo que la tecnología médica, que es una bendición, puede transformarse en una maldición. O en palabras de Esopo: “la mejor de las cosas puede también ser la peor al mismo tiempo, dependiendo del uso que se haga de ella”.

Sirvan estas líneas para llamar la atención sobre el ensañamiento, encarnizamiento, furor u obstinación terapéutica y sobre la diferencia, a veces difícil de entender, entre prolongar una vida o prolongar una agonía.

Dr. Guillermo J. Ruiz Argüelles
Director general.

Centro de Hematología y Medicina Interna de Puebla.